N.º 3. Domingo 20 de Octubre de 1844. 10 cuart.

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En todas las administraciones de correos y principales librerías del Reino.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. . . . . 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

ADVERTENCIA.

Concluida ya la reimpresion de la interesante novela de *Paul Féval*, titulada LA MUGER BLANCA, se está repartiendo á los señores suscritores que por haberse agotado la primer tirada no pudieron recibirla con el periódico: y se entregará, gratis, en el acto, á todos los señores que nos honren nuevamente.

Con el número de hoy repartimos á nuestros suscritores los 40 números que á cada uno corresponden para la rifa de la obra de NUESTRA SEÑORA DE PARIS, correspondiente á este mes; debiendo advertir que entran en suerte dos series de á 300 suscritores cada una, por cuya razon se entregará un egemplar á cada uno de los dos que resulten agraciados. La papeleta impresa que repartimos confrontada con los asientos de Redaccion, y el hallarse al corriente en el pago de la suscricion, son los necesarios títulos para reclamar la obra.

A LA PERLA.

En el número segundo de este periódico hemos leido un elogio del nuestro que nos ha llenado de la mayor satisfaccion. Las lisongeras espresiones que nuestro colega nos dedica, y la honorífica mencion que de nuestros escritos hace, son la mas relevante prueba del desinterés, lealtad y noble marcha que ha empezado. Sentimos no haber sido los primeros en patentizar nuestros cabellorosos sentimientos por la PERLA, periódico que da honor á esta ciudad, pero al menos admita esta síncera y pobre demostracion de nuestro particular afecto. Siempre que la necesidad ó la utilidad de este hermoso pais lo reclame, puede estar seguro nuestro colega de encontrarnos á su lado.

LA HIJA DEL CÓNSUL.

I.

Tulia era hija del cónsul Marco Mesala. En toda la ciudad de Roma no habia una doncella que pudiese competir con ella en gentileza y gracia. Los jóvenes patricios seguian de lejos su litera cada vez que la jóven se presentaba en las calles, y con los ojos interrogaban su corazon: pero el corazon de Tulia no respondia.

Amaba en secreto á Lucio Léntulo. Le habia visto brillar en los juegos florales, y los ojos del jóven se habian fijado con placer en la hermosa doncella.

Desde entonces sus almas quedaron unidas con vínculos indisolubles.

¿Por qué, pues, en los rosados labios de la jóven no se ve ya la placentera sonrisa que un tiempo los animaba? ¿Por qué el sombrío velo de la tristeza ha reemplazado en sus megillas las rosas del placer?

Su padre la tiene prometida á Marco Ticio, y Tulia debe acompañarle al templo al duodécimo dia.

Su amante lo ha sabido y el furor ha brillado en sus ojos: sus músculos se han contraido con la convulsion de la rabia, y todo su ser ha tomado una espresion terrible y amenazadora.

II.

El sol ha traspuesto la cumbre del monte Janículo: la noche viene esparciendo su manto por la ciudad de Rómulo.

Tulia, retirada en sus baños de pórfido, y puesta de hinojos ante una estátua de Venus, está implorando, entre sollozos, la proteccion de la diosa del amor.

Reina el mas profundo silencio.

Una figura humana se presenta de improviso á los ojos de Tulia.

—Léntulo! esclama la jóven.

—Tulia! Tulia mia! prorrumpe el enamorado jóven; ¡con que quieren separarnos para siempre! quieren hacerte la esposa de otro!... Oh! no será, juro á los dioses!... Tulia, me amas?

—Te amo, te amo! balbuceó la jóven.

—Huyamos, pues, de esta mansion de tiranos. Quiéres seguirme?

—Huyamos.... tuya soy!

El jóven cogió en sus brazos á la doncella, y se precipitó hácia la puerta.

—Tulia! gritó desde afuera una voz ronca.

Y al mismo tiempo se precipitó un anciano en la estancia. Sus ojos brillaron en la sombra con el resplandor de la rabia, y su diestra estaba armada de un puñal. Rápido como el pensamiento se arrojó sobre la jóven y hundió la daga en su corazon.

El espantoso rugido del leon que ve de repente heridos sus cachorros, no espresan el furor del jóven al ver á la doncella traspasada por el puñal de su padre.

Rechinaron sus dientes, se crisparon sus músculos, sus ojos desencajados se cebaron por algunos momentos en la víctima, que estaba ansiando devorar, y lanzándose de repente con el ímpetu de la hiena, levantó con sus nervudos brazos al anciano y lo estrelló contra el pavimento.

El golpe hizo retemblar los pedestales de las estátuas, y produjo un eco sordo, prolongado.

III.

Lucio Léntulo ha salido del retrete fatal, y ha atravesado frenético las calles de Roma.

En la espresion sombría de su rostro se lee un pensamiento terrible.

¿Qué intentará?

Llega por fin á un edificio, abre una puerta, y penetra en una estancia. Una lúgubre antorcha ilumina el lugar de la escena.

En medio del pavimento se levanta una pira. Lucio Léntulo la contempla por algunos momentos. De repente coge la lámpara, la aproxima á los secos troncos y se arroja sobre ellos.

Sus labios convulsivos pronunciaron algunas palabras. Su brazo levantado, sus ojos vagando en el espacio parece que buscan por última vez la luz del firmamento.

—Tulia! Tulia! esclama con voz ahogada.

La llama al principio sorda, se levanta de improviso voráz y aterradora. Los labios del jóven pronuncian por última vez un susurro inarticulado: sus miembros se contraen, su frente cárdena se abate sobre la candente pira.....

Un momento despues, la moribunda luz de la lámpara iluminaba un monton de pavesas.

P. G. C.

RECUERDOS DE VALENCIA.

La Campana de la Union.

Muy distinto del aspecto que ahora tiene era el que presentaba la plaza de la Catedral á principios del año 1347, diversa era la distribucion de la antigua casa de la Ciudad, y otra era su fachada; pero el edificio y la plaza existen todavía, y el edificio y la plaza encierran recuerdos que jamás debieran olvidar los valencianos. Esa plaza que hoy dia vemos desierta fue en otro tiempo teatro de sangrientos espectáculos, y dentro de este edificio tuvieron lugar escenas tumultuosas y terribles que han pasado desapercibidas para los historiadores del reino.

La sangre del noble Ponce de Solér y de sus compañeros derramada por la cuchilla del verdugo y el local en que se hallaba colocada la memorable Campana de la Union, remontan nuestra imaginacion á época muy lejana y traen á nuestra memoria aquellos tiempos en que los caballeros, divididos en bandos, y ausiliados por sus parciales, bajo el pretesto de reclamar sus fueros é inmunidades, se hacian la guerra mútuamente, y al grito de *viva el Rey* no vacilaban en forzarle á revocar sus disposiciones, promoviendo guerras intestinas y trastornos populares, fatales siempre y de funestas consecuencias para los vencedores y los vencidos. Valencia se vió mas de una vez regada con la sangre de sus hijos, y el cruel é inaudito castigo egecutado por mandato de D. Pedro cuarto de Aragon, en las personas de los vencidos partidarios de la union, dió á estos lugares una funesta celebridad mayor todavía que la que posteriormente les dieron las famosas germanias.

Motivos particulares obligaron á D. Pedro IV, en Marzo del referido año 1347, á variar el órden de la sucesion establecido en aquel entonces para los reinos de Aragon y Valencia y el principado de Cataluña, é inmediatamente que el infante D. Jaime, sucesor jurado, salió de la ciudad de Valencia, removió de la regencia de la gobernacion general á los que la desempeñaban, nombrando para dicho cargo á D. Pedro de Exerica, y disponiendo que se rigiera dicho oficio á nombre de la infanta Doña Constanza, hija primogénita del rey, y sucesora en sus reinos y estados sino tuviera hijos legítimos; para cuyo efecto, en 7 del siguiente Abril, emancipó, á presencia de la nobleza de la córte, á la infanta, prestando y haciendo prestar á los nobles el juramento y homenage de que la tendrian por primogénita y sucesora. Semejante variacion en las leyes fundamentales del reino exasperó los ánimos de los aragoneses y valencianos, y muchos individuos de la nobleza de Zaragoza se unieron para suplicar al rey les conservára sus fueros y reuniera córtes al efecto, armándose y juramentándose para sostener á todo trance sus peticiones, para lo cual se pusieron de acuerdo con los infantes que se creyeron agraviados por las novedades introducidas.

Valencia gozaba del privilegio concedido por D. Jaime II de unirse al reino de Aragon para que se reparasen y enmendasen los agravios y desafueros, y á fuer de ofendidos, celebraron tambien su junta en la casa de la Ciudad donde juraron la *Union* y nombraron sus representantes para entenderse con los aragoneses y con la familia real, oficiando á todos los lugares y villas para que eligieran los suyos. D. Pedro, señor de Exerica, que se habia retirado á su territorio, impidió que algunos pueblos, entre otros Játiva, á la que por este hecho se concedió el título de ciudad, se unieran con los de Valencia, y desde este momento ambos bandos se declararon una guerra abierta y sin transaccion. Los de la Union no perdonaban medio para acrecentar sus fuerzas y poderío, y en la casa de la Ciudad colocaron una campana á cuyo sonido se juntaban los representantes y se convocaba á todos los partidarios. Los aragoneses lograron, aunque sin fruto, la reunion de las córtes: pero los valencianos, con las armas en lo mano, hacian mas progresos, y estrechaban á Don Pedro á que se doblegara á su voluntad. El rey creyó que con la muerte de D. Jaime acabarian las disensiones, y D. Jaime murió envenenado; pero todavía quedaba el infante D. Fernando que por de pronto alcanzó algunas ventajas sobre las huestes reales.

Encarnizados los partidos, se hacian todo el daño posible, y su propio interés les obligaba á destruirse recíprocamente, y si dentro de la ciudad procuraban los de la Union deshacerse de sus enemigos (1), por fuera acometian y desbarataban las tropas que se mantenian por el bando del rey; su valor y su decision eran admirables, y en cualquier parte que encontraban la gente de D. Pedro de Exerica la atacaban sin reparar siquiera en la superioridad numérica. Con ocasion de acudir los de la Union á socorrer la villa de Concentaina, que se hallaba sitiada por Don Alonso Roger de Lauria, se les opusieron en número infinitamente mayor los parciales del rey en la frontera de Játiva, pero fueron desbaratados y muertos algunos de sus gefes, cuya victoria valió á los de Valencia el reconocimiento de Gandía, Pego y otros lugares que antes estaban por el infante D. Pedro y el vizconde de Cardona, partidarios de la corona. Pero la accion que, á pesar de las pérdidas que en ella sufrieron, aseguró por de pronto el triunfo á los sublevados, fue la de Bétera, en que con una hueste de mas de treinta mil hombres desbarataron á los del rey matando á muchos de sus principales caballeros. Estos acontecimientos movieron á D. Pedro IV á pasar cuanto antes á Valencia, donde entró á principios del año 1348, siendo recibido con muestras de júbilo y regocijo.

Mas de una vez al sonido de la campana de la Union se reunieron sus partidarios, y mas de una vez fueron turbadas con motines y alborotos las fiestas y regocijos, evitando graves conflictos el respeto que á la persona del rey se tenia, y las muestras de adhesion que le daba en público el infante D. Fernando. La imprudencia de uno de los de la casa del rey, que, en un baile dado en el Real, llenó de denuestos á los que bailaban, produjo en la ciudad una asonada, y la mayor parte de la gente popular salió armada á la rambla con gran furor y con la resolucion de acabar con los de la córte; pero el rey, con la espada en la mano, bajó la escalera sin que nadie le insultara, montó á caballo, y habiendo encontrado al infante D. Fernando le recibió muy bien, le besó en la boca y pasearon juntos por la rambla, con lo que se calmó el alboroto, y por la noche el rey y la reina se vieron obligados á bailar guiando la danza un barbero. Estos hechos dieron á conocer á D. Pedro de lo que eran capaces los de la Union, y le movieron á partir de Valencia con ánimo de vengarse en mejor ocasion, lo que no pudo verificar sino con nuevas humillaciones, pues que no le dejaron salir de Valencia sino despues de haber jurado que reconocia por sucesor, hasta que tuviera hijos varones, al infante D. Fernando, revocando cuantos instrumentos se hubiesen hecho en perjuicio suyo, y concediéndole la gobernacion general aun en el caso de tener hijos, hasta que éstos tuviesen edad para regir los reinos: y haberles concedido un magistrado con las mismas atribuciones que el justicia de Aragon.

La batalla de Epila, que valió el título de conde á D. Lope de Luna, y en la que fueron vencidos los partidarios de la Union, abrió al rey las puertas de Zaragoza, donde reunió córtes y revocó la Union quemando públicamente sus privilegios. Creyó en este momento llegada la ocasion de vengarse terriblemente de los de Valencia, á cuyo fin juntó sus fuerzas, mandó se le reuniesen las que mandaba el conde de Luna, y armó las galeras que tenia en las atarazanas de Barcelona. Con tan numerosa hueste se acercó á Valencia, y despues de algunas pequeñas escaramuzas, sentó sus reales en Mislata, donde tuvo lugar una famosa accion en la que hicieron prodigios de valor los caballeros del rey, destruyendo y persiguiendo hasta la ciudad á los rebeldes capitaneados por el letrado Juan Sala y causándoles la pérdida de mil quinientos hombres. El rey se apoderó aquella misma noche del Real y alojó sus tropas en el campo que habia desde este edificio al de la Zaidía, y al dia siguiente recibió á los diputados que Valencia le envió para capitular. Hizo su entrada en la ciudad el dia 10 de Diciembre del año 1348, y fue inmediatamente á la Catedral á dar gracias al Todopoderoso, y el dia 20 del mismo mes ordenó los castigos que se debian egecutar en los partidarios de la Union. Juan Sala, su general, fue arrastrado por las calles de Valencia, y muchos de sus compañeros fueron ahorcados; el caballero Ponce de Solér y sus compañeros Juan Ruiz de Corella, Ramon Scorna y Jaime de Romaní fueron decapitados en la plaza de la Catedral, y los demás conservadores que eran plebeyos sufrieron un género de muerte atroz, cual fue darles una cucharada del metal derretido de la campana, á cuyo sonido se congregaban. Así terminó la guerra de la Union y se restableció la paz en Valencia, hasta que algunos años despues fue turbada por las germanias de que daremos noticia en otro de nuestros artículos.

F. de P. Arolas.

(1) Los *conservadores* de la Union habian inventado un nuevo oficio que llamaban *Justicier* y éste egecutaba las sentencias del modo siguiente: cuando alguno habia sido sentenciado por los *conservadores*, iba á su casa por la noche y lo conducia á la sala de la casa de la Ciudad donde habia colgados cierto número de sacos, y metiéndole dentro de uno se lo llevaba al rio, donde secretamente lo ahogaba y á la mañana siguiente se contaban las egecuciones por los sacos que faltaban, lo que significaban con la espresion: *esta nit s'han donat órdes.*

CANTO DEL BARDO POLONES.

Dors, ó ma Pologne! Dors en paix dans ce qu'ils appelent ton cercueil, mais je sais que c'est ton berceau.

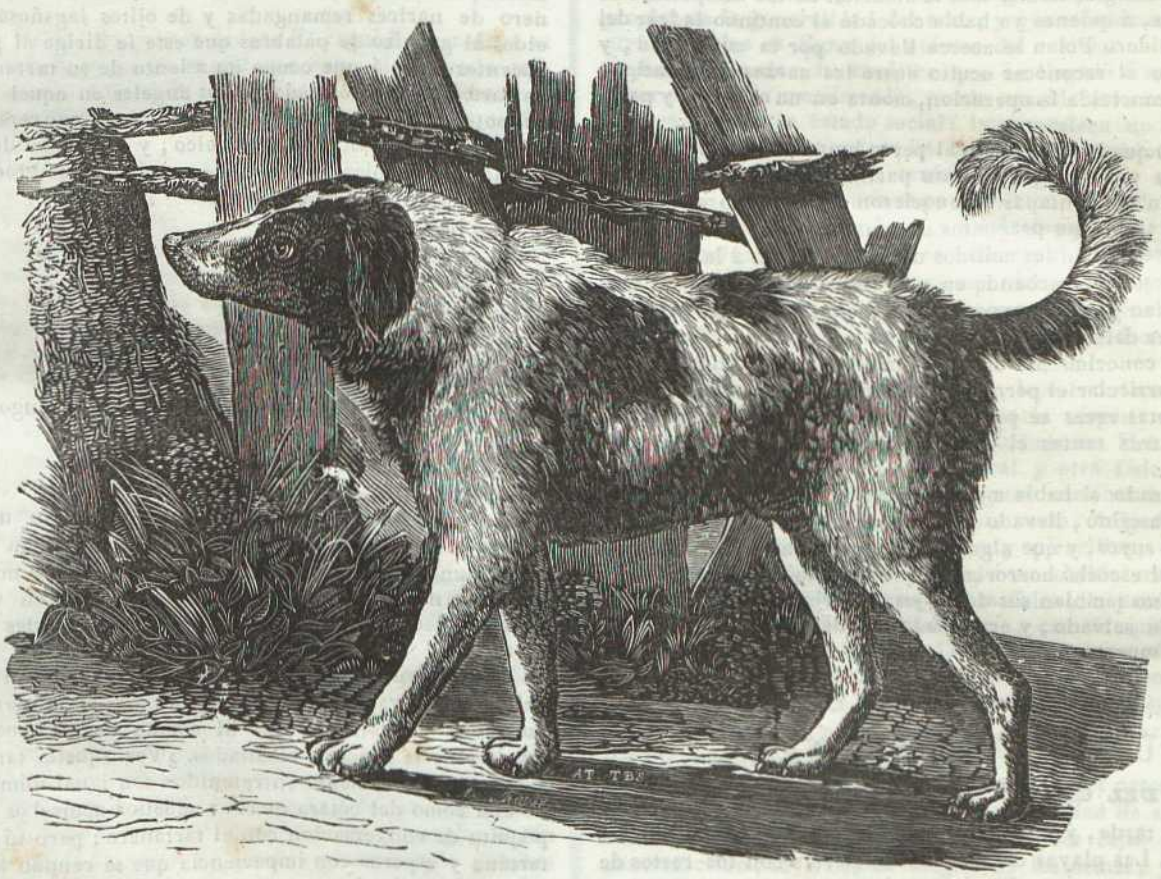
(Lamenais).

Enfant du Ciel, bon Lamenais, je crois.

Cuando el duro puñal de los tiranos
La víctima inocente despedaza,
Hombres oid—¿por qué os llamais hermanos?
¿Es en befa y baldon de vuestra raza?
¿Y no ayudais á quebrantar el yugo?
¿No deteneis el brazo del verdugo?
Del Sena en la cautiva Babilonia
Sonó de libertad el grito fuerte,
Cuando el águila blanca de Polonia
Su pluma levantó del polvo inerte,
Y cruzando los euros placentera
Su vigor muscular mostró en la esfera:
Mas ah! midió el cenit, esperanzando
Que ayudasen su esfuerzo y su constancia
Atraidas tal vez de un soplo blando
Las águilas amigas de la Francia!
Crédula fue: las águilas dormian
Su sueño de victoria, y no venian.
El Vístula tan raudo en su corriente
Que al mirar de Varsovia las almenas,
En su hermoso cristal no sufre puente,
Tampoco consintió sufrir cadenas:
Cielos! con ignominia el feroz ruso
Un dique de cadáveres le puso.
¡Ó Polska! ¡idolatrada patria mia!
¡Ó reina sin el cetro y la corona!
Lánguida está tu sien; tu mano fria
Sin enjugar tu llanto se abandona:
Sola estás, á merced del peregrino,
Cual huérfana sentada en un camino:
Y pasa el viador, y cuando mira
Tu desnudez marchita y enlodada,
En el primer impulso se retira,
Y luego con el ánima angustiada
Te pone en los harapos del vestido
Un pedazo de pan endurecido.
—«¿Es ésta (dice) la gentil señora
«Del palacio real de Sigismundo,
«Que campiñas y bosques atesora,
«Ceñida de laurel, gloria del mundo?
«¡Ó cómo su color se ha deslustrado,
«Y en hierro vil el oro se ha mudado!
«¿En donde están sus nobles senadores
«Sábios en el consejo y en las leyes,
«Que la estimada prez de sus honores
«Preferian al título de reyes?

«¿En dónde están sus húsares ligeros
«Sus pistolas de arzon, y sus aceros?"—
¡O Polska! con arrojo temerario
Te hirió el altivo Czar en la megilla,
Te hirió en el corazon, que es el sagrario
De santa libertad que ya no brilla,
Saboreó en festines de placeres
El llanto de tus pálidas mugeres.
Tuviste tus gloriosas heroinas,
Cual la patria feliz de los Helenos,
Impávidas al luto, á las ruinas,
Y del cañon á los gigantes truenos,
En beldad, serafines de altas zonas,
Y en valor, invencibles Amazonas.
Convirtieron sus usos en espada,
Esclamando al partir para la guerra:
«Lino dará la patria libertada
«Si dejan los estraños nuestra tierra;
«Pero si nos derrotan, y caemos,
«La mortaja nos basta y la tenemos."
En paz, *Emilia* (1), dormirás tu sueño,
Sin oir el rumor de las cadenas,
Bajo tu pobre cruz de tosco leño;
Fuego de libertad ardió en tus venas,
Del inmundo cosaco la venganza
Nunca melló los filos de tu lanza.
Lirio agostado en flor!... La patria esclava
No ha señalado honores á tu tumba,
Pero tu heróico esfuerzo el mundo alaba,
Y el eco de la gloria en torno zumba:
Dejó una cruz el Redentor del hombre,
Tú tienes una cruz, y allí tu nombre (2).
Yo diré que tu lágrima postrema
Deslizando en tu pálido semblante
Al Autócrata fue como anatema
De aquel Dios, que abrazabas espirante,
Y que el pecho del duro Moscovita
Sin saber por qué afan tiembla y palpita.
Rusia cruel! El soplo del Eterno
Tenderá cual mortaja destructora
Sobre ti las tinieblas del averno,
Y un cielo sin estrellas, sin aurora:
Tus buques mas veleros, y oro y plata
Presa serán del ávido pirata.
Águila de dos frentes ominosa
Que amenazas dos mundos en la esfera,
Falte el viento á tu pluma rencorosa
Desmayada en su rápida carrera;
Rayo feróz en tempestad que inunda
Ábrase tu pupila furibunda.
Los florones que tiene tu corona
Caigan como los lirios de los prados,
Cuando el humor vital los abandona,
Cuando rugen los euros encontrados;
Disípese tu ornato y atavío
Como la flor del heno y el rocío.
Perdonad, sumo Dios, si de mi boca
Han brotado espresiones de amargura:
Al hondo corazon la llaga toca,
Y está bañada en hiel la desventura:
Á mi patria volved los claros dias,
Volvedle sus pasadas alegrías.
Tú te alzarás del polvo, destronada,
Que imploras compasion del caminante,
Que lloras en la triste encrucijada;
Tú vestirás la púrpura flamante,
¡Ó mártir de la fe, del heroismo!
Grande es tu Dios: no vencerá el abismo.
Él lanzó al fiero Antíoco del carro,
Celoso de su gloria y su decoro,
Él convierte los mármoles en barro,
Él azotó con varas á Heliodoro,
Él á Daniel salvó de los leones
En las profundas y ásperas prisiones.
Viste tu desnudez y enjuga el llanto,
Pon en el claro cielo tu mirada,
Y de dulce esperanza el fulgor santo
Deslice por tu sien enamorada:
En la bóveda azul no habrá una estrella
Que te niegue su luz propicia y bella.
Aparta de tu labio enardecido
Esa copa de hiel y desconsuelo,
Repara el sinsabor con el olvido,
Que es el mejor maná que envia el cielo,
Y exhala tu plegaria lastimera;
Álzate ya porque tu Dios te espera.
Oye una voz que encanta y embelesa:
«*Tú duermes, ¡ó Polonia! sin fortuna*
«*En lo que alguno llamard tu huesa,*
«*Mas yo bien sé que esa serd tu cuna:*
«*Respirando las auras de victoria*
«*Renacerás á tu esplendor de gloria.*"
Al oráculo dulce y deseado
Que tu fortuna y porvenir presiente,
Como al canto de un ángel enviado
Deberá responder todo creyente:
Oiga Dios de los pueblos el deseo:
La fe da salvacion: adoro y creo.

J. Arolas.



EL LEAL.

Mucho se ha hablado y escrito sobre la fidelidad del *perro*, llenas están las historias de egemplos del agradecimiento de estos animales; de cuantas hemos oido contar ninguna nos ha admirado de tal modo como la que presentamos á nuestros lectores en este artículo.

(1) Emilia Plater, célebre por su heroismo.
(2) Los funerales de Emilia fueron tristes y sencillos: todo el pais estaba ocupado por las tropas del déspota. Enterrándola con misterio, como una reliquia que querian libertar de los ultrages de los impios y bárbaros, pusieron sobre su sepulcro una cruz de madera, y despues de algun tiempo una piedra, esperando el dia en que la patria libre pueda alzarle un monumento digno de sus relevantes servicios. En esta piedra no hay mas epitafio que el nombre de *Emilia*.

A mediados del siglo pasado vivian en la ciudad de Manila (Filipinas) dos esposos, á quienes la fortuna habia prodigado toda clase de bienes: riquezas y felicidad cercaban á D. Eugenio Sarriá y Doña Rosalía Triqueros; vivieron en la mas completa tranquilidad, hasta el fallecimiento de D. Eugenio en Enero de 1760.

Permaneció Doña Rosalía viuda por espacio de tres años, hasta que contrajo nuevo matrimonio con Romualdo Denís, antiguo esclavo de la casa, manumitido poco antes de la muerte de D. Eugenio; el talento y la sagacidad estraordinaria de este hombre, su honradez, probidad y el interés que siempre se habia tomado por los negocios de su amo, unidos

á su gracia natural, y á unas facciones proporcionadas que embellecian un tanto lo moreno y casi negro de su rostro, disculpaban enteramente la eleccion de la bella Doña Rosalía.

Romualdo Denís, querido y apreciado entre las gentes del pais por sus finos modales, su veracidad, honradez, y su gracejo natural solo tenia un defecto, un odio implacable á los blancos; el trato bárbaro que habia sufrido de parte de su primer dueño. Mr. Belvic habia hecho que el odio á este sobrepujase al agradecimiento al español Sarriá, que tan humanamente le habia tratado, tan cierto es que esos mismos estrangeros que nos tratan de bárbaros, se señalan en nuestras colonias por el duro trato que dan á los esclavos llevados tan solo por el mezquino interés. Romualdo Denís tenia un odio implacable á los blancos, y amando con delirio á su esposa se le vió mil veces entregado á la furiosa pasion de los celos, ya por su natural desconfiado, ya por instigacion de lenguas malignas.

Cuatro hijos habian producido los primeros cuatro años del matrimonio. El primero fue negro y vivió largo tiempo, el segundo fue blanco y murió á los tres meses: el tercero entreverado, aunque con propension á blanco, vivió cinco meses; y el cuarto y último fue el blanco y hermoso Eduardo.

Siete años hacia que se habia efectuado el matrimonio de Doña Rosalía, y solo algun disgusto causado por los celos de Romualdo, y la muerte de los dos hijos habian turbado la tranquilidad de los dos esposos. El pequeño Eduardo formaba el encanto de estos, y por su parte el niño no podia pasar sin tener á su lado al *Leal*, perro de raza mastin, de manchas negras y puntiagudo hocico; sus juegos venian siempre á parar en el perro, que por su parte correspondia con muestras de agradecimiento.

De repente en la noche del 25 de Febrero de 1770, se oye al *Leal* aullar lastimosamente en el cuarto de Eduardo; Peregrina la criada de mas confianza se lanza en el cuarto, y encuentra al niño todo lleno de cardenales y con una señal encarnada en el cuello, como si lo hubieran querido ahogar; el perro permanecia aullando sin quererse separar de la cama; la confusion de los criados subió de punto al escuchar por boca del niño que un *hombre*, *un bu con capote le habia hecho pupa*, y que *Leal* se le habia tirado, con lo que escapó antes de ser visto. Los esposos estaban fuera, ¿cuál seria su sobresalto y confusion al saber este suceso? Inmediatamente se convino en no dejar perder de vista al niño. Su madre, Peregrina, el antiguo criado *Indar* y el perro *Leal* se encargaron de su custodia. Mas nada pudo salvarle de la persecucion del oculto enemigo.

El 30 de Marzo del mismo año, en medio del silencio de la noche, *Indar*, que estaba velando al niño, escucha gritar «*fuego*, *fuego*» á su amo Romualdo, sale corriendo á un corredor inmediato, y cuál seria su sobresalto al volver al punto y no encontrarse al niño Eduardo, ni á la cuna que le contenia. Ansioso llama los criados, pone la casa en movimiento, y son en vano todas las diligencias que se hacen, en tanto que las llamas consumen todo un pajar contínuo á la casa, los criados procuran ocultar la desgracia á Doña Rosalía que estaba enferma; se vuelven á repetir las pesquisas, y unos furiosos ladridos del *Leal* llaman la atencion de un criado, abrir el cuarto en que estaba encerrado el perro, soltarlo de la cadena que estaba atado, y lanzarse á la calle, desde allí al campo y arrojarse ladrando contra un hombre que estaba cavando en el suelo junto á una laguna, todo fue obra de un momento. En vano aquel le disparó dos pistoletazos, solo consiguió llamar mas la atencion de los campesinos de aquellas inmediaciones, á quienes ya habia chocado el contínuo ladrar del perro; uno de estos Isidoro Polan se acerca llevado por la curiosidad, y ¡cuál seria su asombro al reconocer oculto entre las zarzas á su antiguo amo Romualdo! éste, concluida la operacion, monta en un caballo, y parte á escape á la ciudad.

En tanto el criado que habia soltado al perro juntamente con *Indar* se dirigen hácia el punto por donde le vieron partir. Tanto ellos como las criadas que estaban en las ventanas reconocieron á Romualdo que venia á galope, mientras estas con sus preguntas aumentaban la turbacion de su amo, los fieles criados escuchan los aullidos del *Leal*, llegan á la laguna y se lo encuentran que estaba escarbando en una tierra recientemente movida, ayudados de Polan y otros campesinos les fue fácil ahondar la tierra, encontrando el cadáver del hermoso Eduardo.

La autoridad tomó conocimiento de este horroroso crímen, los criados, Doña Rosalía, y en particular el perro propiamente llamado *Leal* acusaban á Romualdo, cuantas veces se presentó éste en la rueda de presos y sacaron el perro, otras tantas el *Leal* arremetia furioso para despedazarlo.

Preguntado el acusado si habia muerto á su hijo Eduardo, confesó al punto haber sido el asesino, llevado por la idea de que siendo sus hijos blancos no podian ser suyos, y que algun dia llegarian á ser verdugos de los negros. El tribunal escuchó horrorizado que no solo habia sacrificado al infeliz Eduardo sino tambien sus dos hijos anteriores; solo el mayor que era negro se habia salvado, y era amado con delirio por Romualdo. Este fue condenado á muerte.

G. G. G.

COSTUMBRES VALENCIANAS.

DEL GRAO Á VALENCIA.

Son las siete de la tarde, y una brisa consoladora á reemplazado los ardores de la canícula. Las playas del Cabañal cubiertas con los restos de innumerables meriendas, van á quedar dentro de poco en la mas completa soledad. Las valencianas ardientes y retozonas, han refrescado en el mar esa naturaleza de fuego que les dió el cielo, y se dirigen al Grao en busca de una tartana donde esperimentar otras sensaciones diversas de las que acaban de recibir en el baño.

—Ya es hora de regresar á Valencia, me dije yo á mí mismo, despues de haber remojado en el mar mi maltratada persona. Con este intento atravesaba las calles del Cabañal algo mohino, cuando al revolver de una esquina me encontré con mi compañero el obsequioso.

—¡Gracias á Dios que te encuentro! esclamó apoderándose de mi brazo. Hace tres horas que te voy buscando por todo el Cabañal: yo no sé como diablos has desaparecido.

—¡Ay amigo mio! ni yo tampoco. No sé que ángel me prestó sus alas para salir de aquel cementerio de vivos.... pero en mi vida me he visto mas dispuesto á correr. Y dime, ¿cómo queda la viuda y sus amables hijas?

—¡Oh! muy contentas: dicen que tienes unos modales.... y sobre todo un modo de despedirte.... Por supuesto la mamá me ha ofrecido su casa, y está empeñada en que vayamos á verlas. Viven calle de la Cequiola, número 300, cuarto tercero; es decir, en la primera habitacion empezando por el cielo.

—Por el infierno dirás mejor. Gracias, amigo mio; lo que es yo renuncio desde luego á la agradable visita que me proporciona.

—¿Renunciar? ¿y por qué? No me negarás que esa señora tiene un trato muy fino, muy buena conversacion.

—Su conversacion será tan buena como quieras, pero lo que es la parte mímica, convengamos en que no tiene nada de agradable por ningun sentido.... y sobre todo por el del olfato.

—Pero hombre, si aquí se trata de las hijas; de aquellas dos graciosísimas niñas....

—Aunque estuvieran vaciadas en el molde de la Vénus de Médicis.

Como puede conocer el piadosísimo lector, la aventura de la tartana me habia dejado con pocos deseos de volver á ver á mis compañeras de viage. Así que, por mas que mi amigo el obsequioso apuró todos los recursos de su lógica para inclinarme á cumplir decentemente, segun él decia, con aquella apreciable familia, no pudo sin embargo vencer mi repugnancia, y porfiando y gruñendo llegamos por fin á la calle Mayor del Grao.

Es preciso haber perdido enteramente la aficion á la broma y al jaleo, es preciso no haber nacido en la festiva Valencia, para dejar de presenciar con gusto el animado cuadro que presenta en el verano á las siete y media de la tarde la calle Mayor del Grao. Las muchachas con su vestido blanco, su pañuelo de crespon, el pelo colgando y la burla en los labios, se dirigen al óvalo en busca de un tartanero que las lleve por cinco cuartos.... y no faltará alguna de ellas que le seduzca y logre á trueque de palabras hacer el viage con mas economía. Detrás de estas peligrosas Náyades nunca falta un grupito de sátiros de esos de chaquetilla, que las van obsequiando á su modo, siendo el menos significativo los empellones y pellizcos. Guárdate bien, lector amigo, si gastas frac ó levita de echar una flor á esas plebeyas hermosuras.

—*Hoy! cha mira el lechoguino!* Tal será la contestacion que merezca tu galantería, contestacion sazonada por supuesto con una salva de carcajadas que te obligarán á taparte los oidos. Digo, suponiendo que el piropo ha sido flechado á distancia respetuosa, porque si tienes la desgracia de provocar su esquivez cara á cara, es preciso que la tengas de baqueta para prepararte al mas solemne bofeton que habrás recibido jamás de mano femenina.

En aquella calle de intrigas y maquinaciones, toda persona sensata debe andarse con pies de plomo antes de meterse en una tartana de alquiler para regresar á Valencia, si no quiere ser la inocente víctima inmolada ante las aras del gusto ageno. Y es lo peor que los efectos de este inhumano sacrificio no se presentan á primera vista: la víctima debe ignorar desde luego su suerte miserable, y solo conocerá todo el horror de su desdicha cuando ya no habrá ningun medio de evitarla.

Por egemplo: el pobre ciudadano que no escuche la conversacion que media, en voz baja, entre esos tres mozalbetes de chaquetilla y ese tartanero de narices remangadas y de ojitos lagañosos y perspicaces, dará oidos al granizo de palabras que este le dirige al pasar por su lado, conducentes todas á que ocupe un asiento de su tartana, y el pobre hombre entrará con la inocencia de los ángeles en aquel carruage que debe ser su potro. ¿Y quereis saber el objeto de la conversacion de aquellos desalmados? Están ajustando un vuelco, y el bellaco del tartanero los escucha con la sonrisa picaresca de quien está acostumbrado á aceptar todos los dias semejantes proposiciones.

—¿Nos arreglamos?

—¿Por cuánto?

—Por dos pesetas.

—Es muy poco.

—Tres.

—Me espongo á que se rompa una rueda.

—Cuatro.

—Mi caballo puede quedar estropeado y tengo que pagar la cura.

—Cinco.

—Siete y no se hable mas.

—Adelante, sean siete.

Aquellas tres inocentes criaturas necesitan un vuelco á toda costa, porque la tarde concluye y los angelitos no se han divertido bastante; necesitan un vuelco porque en aquella tartana van un par de mocitas de lindos ojos; necesitan un vuelco.... porque quieren volcar; y no te cause asombro, lectora mia, que á mayores barbaridades conducen los atractivos de tu sexo.

Regla general, pacífico lector: no te metas en ninguna tartana de alquiler donde vayan faldas, y mucho mas si la naturaleza te dotó de un poco mas de volúmen que al comun de tus semejantes. Tu imprudencia puede traerte funestos resultados. ¿Ves aquella tartana ocupada por dos mocitos, sabrosamente entretenidos con igual número de mocitas? Huye de ella como del cólera morbo: aquellos mancebos han tenido tambien su poquito de conversacion con el tartanero: pero tú lo ignoras, subes en la tartana y esperas con impaciencia que se reunan los ocho asientos de ley. Se completa el número ocho; pero tras del ocho viene el nueve, tras del nueve viene el diez, y de allí á pocos momentos te encuentras metido en una prensa animada que te oprime y te sofoca, y á que sirven de tornillos un par de codos afilados que se clavan sin cesar entre las grietas de tus costillas. Aquellos barbilindos necesitan ir estrechos: este misterio se presenta por fin á tu raciocinio: comprendes entonces la horrorosa serie de tormentos que te esperan durante la infernal travesía; quieres librarte de ellos abandonando el inquisitorial carruage, cuando.... ¡ó colmo de la desgracia! el tartanero sacude á su rocin un soberbio latigazo, todo el mundo egecuta con su pareja un adelante dos con cortesía, menos tú que contemplas el baile por entre un enverjado de codos, y la tartana se lanza á escape camino de Valencia, envuelta en una nube de polvo que debe ocultar tus martirios.... ¡Los genios te protejan, víctima infortunada, y mitiguen los dioses la enormidad de tus torturas!!

Despues de contemplar por largo espacio las innumerables escenas de aquel drama tan fecundo en chistosísimos episodios, determinamos mi amigo y yo regresar á Valencia, y se abrió la discusion sobre el modo de egecutarlo.

—Soy de opinion, decia mi compañero, que subamos en esa tartana del caballo blanco.

—¿Van mugeres?

—Tres muchachas como tres soles.

—Ya no subo.

—¡Cómo!

—Como suena.

—Vamos, tú has perdido la chaveta. Pues, hombre, ¿á quién no gusta la compañía del bello sexo?

—Yo prefiero el sexo feo para viajar.

—Tienes la amabilidad de un puerco espin. Adelante, ¿y dónde subimos.

—En el omnibus.

—¡Hombres solos!

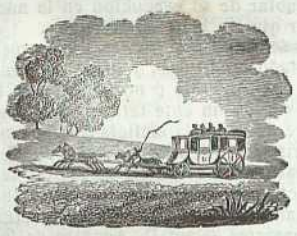
—Sin mezcla de otro género. Si quieres venirte conmigo sígueme, sino vete con Dios; en Valencia nos veremos.

—Adelante, hombre, vamos donde quieras.

Mi amigo y yo nos acercamos al omnibus á tiempo que el zagal nos salia al encuentro.

—Al coche, caballeros; dos asientos faltan.

Y así era la verdad, porque apenas ocupamos nuestros asientos respectivos, el látigo del mayoral dió un chasquido, y las mulas tomaron á galope el camino de Valencia.



Estaba escrito que aquella tarde malhadada debia perseguirme la desdicha por todas partes. Por evitar alguna escena como la de marras, no quise subir en la tartana de las tres muchachas. Huyendo de Scila di en Caribdis.

—Te voy á contar un lance que me ha pasado esta tarde, dijo mi amigo al cabo de algunos momentos. He hecho una conquista: pero qué conquista, chico!... arrogante moza. Verás. Paseábame por la orilla del mar admirando con filosófico recogimiento la inmensidad del Océano, cuando una salva de femeninas carcajadas que escuché de improviso á mi izquierda, vino á sacarme bruscamente de mi contemplacion. Volví la cabeza y se ofreció á mi vista el delicioso espectáculo de una soberana beldad acompañada de otras dos beldades de segundo órden, todas ellas sentadas en el suelo y merendándose una enorme cazuela de caracoles, bajo la salvaguardia de un infante de catorce años. Me acerco, y con voz de caramelo le dirijo algunas palabras de almíbar.

—¿Al muchacho?

—No, hombre, á la beldad de primer órden. El requiebro produjo su efecto. Al principio las tres hermosuras se miraron entre sí soltando una carcajada; poco á poco fueron volviendo la vista, hicieron completo análisis de mi persona, y por último la reina del banquete me dijo con hechicera sonrisita.

—¿V. gusta, caballero?

—Señoritas, contesté yo, sentiria molestar á ustedes.

—¡Qué disparate! V. no incomoda.

Aquella amabilidad alentó mi natural timidez, y sentéme en la arena cruzando las piernas á estilo de alpargatero. Los caracoles no son mi plato favorito, como tú sabes, pero al lado de aquellas hermosuras me parecieron el manjar mas esquisito que salió de cocina arzobispal. Las niñas, alfiler en mano, obligaban á salir de su habitacion á los rebeldes caracoles, que segun la opinion de una de ellas no tenian otro defecto sino el *estar mal engañats.*

Aquí interrumpió mi amigo su narracion, y mirando hácia el camino me dijo cogiéndome el brazo con ambas manos:

—¡Míralas; aquellas son! ¿No las ves? Aquella tartana donde hay una porcion de sombreros de paja colgados en la portezuela.

El vecino que yo tenia á mi lado y que habia escuchado sin duda la historia de mi compañero, viendo las señas que este daba del carruage, esclamó levantándose furioso:

—¡Miente V.!

—Cómo que miento! gritó mi compañero.

—Sí, señor, miente V., dijo metiendo la cucharada un compañero del ofendido.

—¿Amigo tenemos? dije yo entre mí; cachetes habrá para todos.

Dicho y hecho: mi compañero el obsequioso al oir el insulto del otro le hizo el obsequio de sacudirle un bofeton: el amigo se levantó de su asiento, y viéndole yo dispuesto á tomar parte en la refriega, me levanté tambien del mio, y hubo entre los dos un encuentro de puntapies capáz de acardenalar al Triton de la Glorieta. Se armó la gresca: cada palabra valia allí un puñetazo, y cada puñetazo un reniego; las cabezas de ambos partidos amenazaban quedarse calvas á poco que durase la contienda. Las tartanas se pararon: yo que hasta entonces habia estado en la persuasion de que no existia mas que un caso en que los hombres se vieran obligados á salir por los agugeros de delante, me convencí en aquella circunstancia de lo contrario, viendo la prisa que se daban nuestros compañeros de viage en arrojarse de cabeza al camino por las ventanillas del omnibus. Parecian una porcion de lagartijas espantadas metiéndose precipitadamente en sus madrigueras. El mayoral paró las mulas, y queriendo poner paz abrió la portezuela del carruage; pero en vez de lograr su objeto, no hizo sino ofrecer mas vasto campo á la furiosa contienda. Rodamos los cuatro combatientes por el polvo del camino, y cayendo y levantando y á coces y á mogicones, llegamos al carruage que encerraba la causa funesta de tanto daño. De repente mi amigo cesó de bracear, y despues de mirar atentamente á las que iban en la tartana, gritó destacando de avanzada una enérgica esclamacion:

—¡Si no son ellas!!

Cesaron los golpes. El ofendido sacó un pañuelo y limpiándose la sangre que le chorreaba de las narices, le dijo á mi compañero:

—V. dispense; pero cuando uno oye hablar así de su muger....

—¡Ah! era su muger de V.—V. dispense, señora.

—V. dispense, caballero, me dijo tomándome la mano mi antagonista. Ya ve V. cuando se ofende á un amigo....

—¡Oh! no hay de qué. Vaya V. con Dios.

Nuestros compañeros de viage volvieron á subir en el omnibus, las tartanas siguieron andando, y mi amigo y yo continuamos á pie mohinos y magullados.

Al llegar á Valencia nos encaminamos á la orchatería de la calle de la Nave, y allí le juré á mi compañero por la laguna Stigia que no volveríamos á pisar juntos el camino de la villa del Grao.

P. García Cadena.

CARICATURA.

Un fragmento de la antigüedad.

Antes de entrar en materia permítanme mis lectores una salvedad para conjurar las tempestades que pudiera levantar mi artículo; tempestades que me serian tanto mas sensibles, cuanto que no las merezco por lo sano de mi intencion, y el profundo respeto que me inspira la humanidad bajo sus diversas fases.

Voy á tratar de las solteras.

Aunque una generalidad no puede ofender á nadie particularmente, no permite mi conciencia pasar en silencio, que al hablar de la vieja soltera, la pinto en caricatura, y por lo tanto, lejos de escluir de mi crítica las escepciones de la regla, no critico sino las mismas escepciones: esto es, que reconozco en la inmensa mayoría de esta especie todas las gracias, todo el talento, toda la indulgencia, todas las virtudes que son propias de la generalidad del sexo, y que solamente trato de unas pocas, cuya ridiculez es digna del exámen del curioso.

La muger de este carácter que ha llegado á sus treinta y cinco sin haber contraido matrimonio, puede considerarse como un ser aparte que ha creado nuestro estado social: la naturaleza no la reconoce entre sus obras; porque la naturaleza ha confiado una mision á cada una de ellas, y la pobre solterona, que tenia la de procrear, no ha podido llenarla. Es como si dijéramos, una cepa estéril por falta de cultivo.

Curiosa, seria en verdad, su fisiología; pero no es esto lo que ofrezco á nuestros lectores, que pueden buscarla si gustan entre las producciones de los filósofos franceses contemporáneos, á cuyo genio escrutador no habrá escapado esta especie de fenómeno del género humano; solamente trato de bosquejar los principales rasgos de su fisonomía moral, sin olvidar tampoco lo físico.

Si eres amigo de la observacion, lector ó lectora mia, te convido á que busques entre la multitud á la rancia vírgen: no tienes muchas dificultades que vencer para tal descubrimiento. Hela allí.—Es muy enjuta de carnes, por dos causas, una moral y otra física. La primera consiste en el tédio que esperimenta de vegetar contínuamente triste y solitaria en el frio lecho del celibato; de no verse obligada á reñir y castigar á media docena de niños revoltosos y picarillos; de no poder engañar, quizás, y contradecir, sin quizás, á un marido manso como un evangelista. La segunda causa, esto es, la física, la presiento sin poder esplicarla, pues pertenece á la patología, ciencia que, como otras muchas, solo conozco por el nombre. Desde los quince años está esperando los amantes, y á puro revolver la cabeza á uno y otro lado para ver si vienen, se le ha estirado el cuello: viendo que no llegan, aprieta los labios con despecho, y por eso los tiene muy delgados: dos señales mas para distinguirlas.

El recuerdo de lo pasado, la nulidad del presente, la desesperacion del porvenir, destruye la dulzura y bondad de su carácter, y lo convierte en taciturno, acre y caprichoso; sus cejas se fruncen á la menor contradiccion; la irrita la alegría de los demás; y si alguna vez se rie, el sonido de su seca carcajada participa del graznido de ánade y del canto de papagayo. Estas cualidades que adquiere á los treinta, acrecen con los años; y siempre ingeniosa en motivar sus faltas, se esfuerza en hacer creer que la electricidad de la atmósfera la causa convulsiones de nervios, contracciones musculares é irritaciones sanguíneas.

He aquí sus eternos discursos: puede decirse que su estado de doncellez es de su eleccion; y en efecto ¿cuántas veces se hubiera casado á ser tal su gusto? lo menos diez.... con un solo hombre, se entiende, salvo el contraer segundas y terceras nupcias en caso de viudez. ¡Oh! en aquellos tiempos tenia unos hermosos ojos.... que han perdido ya su fuego; formas torneadas.... que se han adelgazado; no podia encontrar un corsé bastante pequeño para su aéreo cuerpo.... ahora no hay ninguno bastante ancho. Los soles que han pasado sobre su cabeza han ennegrecido la blancura de su frente: la virginal transparencia de su cutis ha sufrido la misma

avería.... pero era muy hermosa; calidad que le daba el derecho de ser descontentadiza.... ¡y lo fue demasiado!

Abundaban los palomos en el palomar, y arrullaban amores en torno del objeto querido; pero mientras ella, con la mayor indecision, pensaba por cuál de ellos se decidiria, los tales palomitos fueron tomando el vuelo uno á uno hasta que no quedó ninguno. ¡Es tan difícil decidirse cuando hay mucho entre que escoger! Además, la susceptibilidad de una linda muchacha es tan esquisita.... Por egemplo, aquel ricacho propietario era de buena familia, millonario, escelente figura; pero era lo que se llama un señorito de pueblo, vestia holgadamente, llevaba el tabaco en bolsa de nútria, estaba encogido en sociedad, saludaba sin gracia.... y últimamente, no gustaba de novelas y poesías, que era el pan espiritual de la linda caprichosilla. Aquel abogadillo chiquitin, galante, entrometido, estaba muy pagado de sí mismo, era satírico, porfiado y atufadillo; siempre dispuesto á entablar una demanda, la hubiera formado un proceso por la mas inocente *conversacion criminal.*—En cuanto al farmacéutico, era un peligroso marido: tenia á su disposicion el *acetato de morfina* para proporcionarse á su placer una prematura viudez sin ruido ni escándalo.—Un cirujano tiene el corazon empedernido y es incapaz de sentir el amor.—Un comerciante la recibiria en su casa como un saco de cacao y anotaria en su libro de entradas »F. de T., esposa de N. y compañía."—Y últimamente, el aprendiz de notario, de inchados mofletes y risa jovial, no entendia de logógrifos y charadas, y hubiera escrito sus billetes amorosos en estilo de testamento y papel sellado.

Tales partidos no podian ser del agrado de una jóven patética, como se llamaban entonces: érala necesario un marido amable, bello, romancesco, rico, y sobre todo, dócil como un caballo de alquiler. Todo esto parecerá demasiado; sin embargo, entre la turba de pretendientes habia uno que era, lo que en lenguage matrimonial se llama un buen partido, en cuyo favor se hallaba dispuesta á despojar su frente de la corona simbólica.... pero en un dia de gira, ofuscada sin duda su imaginacion por los vapores de la manzanilla, cometió la torpeza de disertar una teoría de los deberes conyugales, cuyo círculo estendia mas allá de lo razonable. En su discurso pronunció las palabras de *amo de casa*, *y sumision de la muger*; y quedó sin efecto el proyectado matrimonio.

¿Ha tenido alguna vez la solterona lo que se llama un *amigo íntimo*? Si se la estrecha sobre este particular, esfuérzase en ruborizarse sin poderlo conseguir; y despues de algunos melindres confiesa que de diez y seis á diez y ocho años amó tiernamente á un bellísimo jóven, de ojos negros, rasgados y brillantes, y rostro encarnado y espresivo. (Las fisonomías pálidas y meláncolicas no eran aun de moda).

Su familia rechazó al amante porque carecia de fortuna, y no sabia otra cosa que tocar mal el violin, talento que no les parecia un buen recurso para la vida. ¡Las familias siempre hacen lo mismo!

Una vez comenzada la relacion de sus infortunios amorosos, añade, que Enrique, Ricardo, Leopoldo ó Federico, lleno de desesperacion al mirarse rechazado, queria arrojarse al mar, levantarse la tapa de los sesos ó ahorcarse. Desgraciadamente sabia nadar mejor que tocar el violin, miraba con horror las pistolas y le causaba vahidos el columpio; por lo cual tomó la heróica determinacion de vivir para sufrir. ¿Qué ha venido á ser de este desventurado? Ha muerto en América, en el Brasil, en Terranova.... en fin, ha muerto muy lejos.—Es de notar que todos los amantes de las solteronas han tenido un fin lamentable: siempre es esto mejor para ella que haber sido sacrificada á una rival.

El casamiento de una jóven exaspera la bilis de aquellas que han perdido ya la esperanza de ser conducidas á la vicaría, de allí á la capilla de la comunion, y en fin, á la sombra de la misteriosa cortina de una alcoba nupcial; última ceremonia que sanciona todas las demás. Heridas por la envidia en la llaga mas sensible de su corazon, ya que no puedan arrebatar á la jóven desposada la corona nupcial, se afanan por deshojar algunas de sus flores.

A la edad de treinta años, perdida la esperanza de la realidad, busca en las ilusiones algun consuelo la vetusta doncella: lee novelas para entretener el fuego sagrado que circula por sus venas. A los cuarenta detesta las novelas, y censura con acritud á los que las leen: entonces ha dado otro rumbo á sus ideas, se dedica á la contemplacion de los misterios divinos, se ha hecho devota: lo que los hombres desdeñan lo ofrece ella á la iglesia, madre siempre cariñosa que todo lo acepta. Tiene en su sala un S. José á quien enciende lamparillas de estopa todos los martes; visita y es visitada con frecuencia por el cura de su parroquia, saluda á los vicarios, conoce á los chantres, monaguillos y sacristanes; pertenece á tres ó cuatro cofradías, en las cuales hace devotamente voto de castidad; asiste á todos los novenarios y fiestas de iglesia vespertinas; y las mugeres que prestan sillas la tienen al corriente de las intriguillas amorosas que se lian bajo las bóvedas del templo, ante un pueblo de devotos.

Es de advertir que al afan del amor, ha sustituido el afan de la curiosidad: sabe la vida privada de todo el mundo; conoce todas las genealogías; el orígen, sucesion y mezclas de todas las familias; es, en fin, un diccionario de antigüedades, una gaceta ambulante del presente. Y ¿saben VV. lo que dice despues que con mucho sigilo ha descubierto á un tercero, ó muchos terceros, algun secreto delicado del prógimo, y acaso una falsedad?—»Yo no me entrometo á escudriñar vidas agenas; todo lo sé sin preguntarlo ni desear saberlo."

En su juventud bostezaba en el oficio divino, y dormia en el sermon, al paso que en un sarao bailaba hasta las cuatro de la madrugada; ahora no puede comprender como un buen cristiano puede bailar hasta el fin un rigodon. Solicita por la salud espiritual de su canario (todas las doncellas anticuadas necesitan un animalito que acariciar) le hace guardar el ayuno en los dias de precepto.

En fin, en ese ser humano se ha borrado toda idea, todo deseo, todo espíritu de su naturaleza: á los cincuenta años, quédanos solo de lo que fue, un cuerpo acartonado con algunos rasgos de criatura humana, animado por un humor acre, malicioso y maldiciente; ya en su pecho no hay ni una chispa de amor de ninguna especie: ni un débil instinto de ambicion.... solo alimenta un deseo, el de adquirir en el barrio que habita el renombre de *santa vírgen*: para conseguirlo hace limosnas, en mitad del dia, á los pobres que mas frecuentan los sacramentos, y á las puertas de las iglesias; y maldice, á voz en grito, de la malignidad del mundo.

Eso nos queda de lo que fue una muger. No la desprecieis sin embargo: respetadla como se respeta un fragmento de la antigüedad.

El Pobre Diablo.

REVISTA TEATRAL.

Algo severos tenemos que ser en la presente semana, pero forzoso es que nos decidamos á ello si nuestro juicio ha de ser justo y conforme al formado por el público, juez infalible en materia de teatro: hablaremos separadamente de cada funcion.

Un secreto de familia: drama cuyos lunares é inverosimilitudes pueden perdonarse en fuerza del gran interés que inspira. La egecucion fue muy buena por parte de los señores Montaño y Lugar, y la señora Toral, espresando sus afectos con la sensibilidad y maestría que le es propia, arrancó del público conocedor unánimes y espontáneos aplausos.

Españoles sobre todo: del mérito literario de esta composicion ya emitimos nuestro juicio, cuando por primera vez se estrenó en la anterior temporada, por cuya razon nos limitaremos á hablar de su egecucion en la noche del 15, que indudablemente ha sido mucho peor que en la referida época.

El señor Montaño y la señora Toral han tenido momentos felices, pero en cambio algunas escenas han estado lánguidas, y otras con demasiada afectacion.

El señor Cejudo no ha comprendido ó no ha querido hacer su papel. El de *Colon* no es un parásito, un pisaverde, un ente fátuo como nos lo dibuja este actor, es por el contrario un hombre de refinada malicia, alcanzando por la intriga lo que no puede por su talento y mérito, vendido al que mas puede, despreciable si se quiere, pero no ridículo y mentecato hasta el punto de escitar la risa. La princesa de los Orsinos tenia demasiado tacto para elegir los hombres que elevaba al poder, y el autor del drama no tiene tan poco que haya querido retratar á un ministro de Felipe V con las maneras y carácter de un D. Agapito de *la Marcela*.

El señor del Rio tampoco ha estado muy acertado esta vez en su papel de aragonés que tan regularmente habia desempeñado antes. Le faltaba brio, soltura: para que la ruda franqueza de este personage produzca su verdadero efecto es necesario que las palabras no salgan, sino que se escapen de su boca con naturalidad y llaneza; que el actor que las pronuncia no las recalque y escuche, y que él mismo se admire del efecto que han producido, en vez de dar á entender que adivina el efecto que han de producir. El señor del Rio tenia además esta noche alguna cosa que le preocupaba sin duda, pues que contra su costumbre tropezó mas de una vez, dando lugar al público para que demostrase su impaciencia, de una manera, en verdad, poco conforme á las relevantes prendas de este actor y á la particular predileccion que le dispensa. El tropiezo ó equivocacion de un actor, no es un motivo justo para tan agria censura, cuando no es ocasionado por falta de estudio, y es muy poco razonable castigar defectos que nacen de nuestra pobre naturaleza, ó de una desgraciada casualidad. El actor, sin embargo, que sufre este desaire, debe devorar en silencio su amargura sin que á su semblante ni á su voz llegue á trasmitirse, porque las sentencias del público, aun cuando sean injustas, deben acatarse con sumision y respeto, ó abandonar un terreno tan frágil y resbaladizo.

La señora Carrasco estuvo tambien mal, como no podia menos de estarlo, teniendo que espresar afectos que han de nacer del corazon para que estén bien bosquejados, y sabido es que esta actriz no sirve para estos casos.

El señor Lugar tiene un papel muy corto que desempeñó regularmente.

El señor Gonzalez quiso representar al embajador de Luis XIV, pero desgraciadamente no lo consiguió: sus maneras, su trage, las inflexiones de su voz no eran ciertamente el retrato de uno de los primeros magnates de la corte del gran rey, sino una verdadera parodia. El papel de criado de la princesa podia haberse confiado á otro actor.

Saffo: esta lindísima partitura tambien ha sido esta vez peor cantada que nunca. El duo de tiples del segundo acto, los coros y la orquesta en alguna ocasion no se podian oir. La señora Scannavino cantó sin embargo perfectamente su aria coreada; la señora Muñoz estuvo bastante bien en el final, y el señor Natale, algo mas restablecido, pudo lucir sus facultades. El señor Gomez nos agradó mas en el primer acto que en los últimos.

En la noche del 17 se puso en escena la pieza titulada *Los dos Solterones*, y la compañía lírica dió un concierto ó *pot-pourri* de diferentes piezas.

Los señores Natale, Gomez, Hordan, y la señora Scannavino cantaron bien sus respectivas arias.

La señora Muñoz creemos que hizo mal en elegir la *Polaca* de los *Puritanos*, y que pudiera haber brillado mas en cualquier otra pieza.

Los señores Santarelli y Aznar cantaron regularmente. Y el señor Fernandez y su aria no agradaron al público.

En cuanto á *Los dos Solterones* es inútil decir que el señor del Rio obtuvo repetidos aplausos. Los señores Parreño y Cejudo tambien desempeñaron con tino sus respectivos papeles, lo mismo que la señora García.

Demasiado largos hemos sido, pero así lo requiere el artículo de esta semana que concluiremos dando á nuestros lectores las dos noticias siguientes.

Primera: Se ha prohibido, segun dicen, la representacion de *Carlos II* y la de *Españoles sobre todo*.

Segunda: Hace algunos dias que *se está trabajando* la comedia de mágia titulada *Los polvos de la madre Celestina*, que se pondrá en escena cuando sea posible. Así está impreso en el anuncio del jueves, donde encontrarán nuestros lectores además, los teatros en que ha cantado la señora *Franceschini*.

LA MOSCA.

MATERIAS QUE CONTIENE ESTE NÚMERO.

Advertencia.—A la Perla.—La hija del cónsul, con grabado, por D. P. G. C.—Recuerdos de Valencia: La campana de la Union, por D. F. de P. Arolas.—Poesías: El bardo polonés, con viñeta, por J. Arolas.—El leal, con grabado, por D. G. G. G.—Costumbres valencianas: Del Grao á Valencia, con viñeta, por D. P. García Cadena.—Caricatura: Un fragmento de la antigüedad, con grabado, por el Pobre Diablo.—Revista teatral.—Anuncios.—Novelas: Continuacion de la Muger blanca.—Id. de Querubino y Celestino.

ANUNCIOS.

EL COMENDADOR DE MALTA.

POR EUGENIO SUE.

Traducida por D. JUAN DE CAPUA.—*Edicion de lujo por la SOCIEDAD LITERARIA de Madrid.*

Se ha repartido el segundo tomo. La obra constará de cuatro tomos. Con el último se dará el retrato del célebre Eugenio Sue, á todos los suscritores.

Se suscribe en las principales librerías y administraciones de correos, al precio de 4 rs. en Madrid, y 5 en las provincias; publicada toda la obra se venderá mas cara.

FAMOSO LITIGIO,

Ó SEA

Espediente poético-prosáico, dedicado á los escribas y fariseos, por D. JOSE BERNAT BALDOVI.

Esta preciosísima obra en verso es lo mas chistoso que puede escribirse, y lo mas original que se ha impreso. La edicion es de gran lujo y va ilustrada con profusion de hermosos grabados. Descuella por la correccion y limpieza que distinguen á todas las publicaciones de la acreditada Sociedad literaria de Madrid.

Despues del 15 del próximo Noviembre, se aumentará el precio que en el dia es de 7 rs. franco de porte.

Los pedidos se harán en correos, en casas de D. Francisco Mateu Garin, de D. Juan Bautista Gimeno y de D. Casiano Mariana.

VALENCIA.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.